

Persecución Religiosa en Colombia en el Golpe Terrorista del 9 de Abril de 1.948

por Francisco José González, S. J.

Colombia era un país pacífico y culto que no había presenciado ninguna revolución en cincuenta años. Las luchas políticas eran ardientes pero todo el mundo estaba persuadido que jamás sucedería nada terrible. El partido comunista es insignificante por su número y dió la sensación de mayor debilidad al dividirse en dos como resultado del Congreso de Bucaramanga.

El 9 de abril de 1948 las gentes a medio día transitaban con tranquilidad por las calles sin sospechar lo que iba a ocurrir. El líder de las izquierdas y jefe del partido liberal, doctor Jorge Eliécer Gaitán, fue asesinado a la una y diez cuando salía de su oficina, con los clásicos disparos de la tcheca rusa, en forma de triángulo en la nuca y en los dos pulmones. Inmediatamente fue linchado el asesino para suprimir toda huella y este acto no tenía precedentes en Colombia.

Todo estaba dispuesto para una revolución financiada, azuzada y comandada por el comunismo internacional por medio del partido liberal colombiano de izquierda entre cuyas filas muchos comunistas se han agazapado con rótulo liberal. En varias poblaciones se anunció la muerte de Gaitán y empezó la sublevación una hora antes del asesinato.

Lás clásicas maniobras comunistas se llevaron a cabo prontamente: abrir las cárceles, incendiar simultáneamente varios edificios públicos, apoderarse de las radiodifusoras y formar una junta provisional de gobierno con un jefe comunista e impartir las órdenes a las divisiones de policía, aeródromos y servicios de comunicación.

La policía de la ciudad había sido previamente ganada a la causa de la revolución con maniobras dolosas y propaganda muy bien meditada. En pocos minutos aparecieron volantes impresos, armas, bombas de alto poder incendiario y todo lo que revelaba una cuidadosa preparación del golpe, que tuvo como primer objetivo paralizar la IX Conferencia Panamericana.

Documentos del servicio de inteligencia americano, del gobierno chileno, y de

la casa comunista de Barranquilla, prueban la fría preparación del golpe ordenado por el comunismo internacional y llevado a cabo por el liberalismo izquierdista de Colombia.

El aspecto de cruda persecución religiosa que revistió desde el primer momento, cosa totalmente inesperada en esta católica nación, rubrica el atentado contra la patria y contra la fe cristiana, con la marca del comunismo internacional.

A los diez minutos de estallar el golpe, gentes entrenadas en esta clase de lucha se apoderaron de las cúpulas de las iglesias a favor de la confusión y disfrazadas con sotanas empezaron a disparar desde allí sobre el ejercito. Al mismo tiempo desde las emisoras revolucionarias a grandes voces incitaban a las turbas ebrias de dolor por la muerte de su jefe, a incendiar iglesias en las cuales "los curas disparaban contra el pueblo" criminalmente. Exactamente el mismo procedimiento se siguió en Barcelona y otras ciudades de España, con el fin de azuzar el odio del pueblo contra los sacerdotes los cuales inermes e indefensos, sólo pensaron en ofrecer su vida si el Señor lo disponía así víctimas del odio comunista.

Nadie conocía en Colombia antes del 9 de abril la táctica de los francotiradores. Todo esto se planeó con ayuda extranjera.

A la Nunciatura

El edificio de la Nunciatura Apostólica y el Palacio Arzobispal están situados en el antiguo barrio de la Candelaria en el centro de Bogotá. El Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, decano del Cuerpo Diplomático, merece el respeto y amor de todos los colombianos no solo por su investidura sagrada, por llevar la representación del Padre común de los fieles, sino por sus dotes personales de altísima inteligencia, erudición y elocuencia. En las principales ciudades de Colombia se ha levantado su voz elocuentísima, para exaltar en el más puro castellano, las glorias de la fe y de la patria.

Sus discursos como decano del Cuerpo Diplomático son modelos de estilo, den-

sos de pensamiento y admirablemente adaptados a las circunstancias. Sus primeras visitas al Santuario de Nuestra Señora de Chiquinquirá, al leprocomio de Agua de Dios y a la lejana misión de San Andrés y Providencia, le granjearon el afecto de todos los católicos de este país tradicionalmente fiel a la Santa Sede.

Pues bien, gentes sin conciencia se lanzaron en la tarde del viernes 9 de abril contra el inerte Representante del Papa, poseídos de ciego furor. Apedrean la residencia pontificia, rompen las puertas, entran como desbordado alud en aquellas silenciosas habitaciones saqueando y destrozando todo y buscan afanosamente al Nuncio Apostólico para saciar en él su odio contra la Iglesia, a los gritos de "Viva el partido liberal".

Todo el personal de la representación pontificia con el Excelentísimo Señor Nuncio a la cabeza, tuvo apenas tiempo de salir por la puerta del garage a refugiarse en el próximo Convento de los Agustinos Recoletos. Entre tanto se junta en la calle el más monstruoso aquejarre: las ropas del Nuncio, sus muebles y cuadros caen a la hoguera al rededor de la cual mujeres rabiosas con machetes en las manos, saltan y bailan vestidas algunas de ellas con sagrados ornamentos. Cuatro arpías penetran en la residencia y con las puntas de sus puñales urgan los resquicios del sótano para matar al Representante del Sumo Pontífice a quien afanosamente buscan. El fuego había prendido ya en las maderas de la casa y las gentes ebrias de vino y de furor se adelantan entre las llamas para saquear la Nunciatura que en pocas horas quedó reducida a cenizas.

No siendo seguro el Colegio de los Padres Agustinos, el señor Nuncio y sus acompañantes disfrazados de obreros, buscan refugio en una modesta casa de los alrededores y cuando el Colegio de La Salle empieza a arder, a través de la chusma llegan a su tercer refugio, antes de encontrarlo en la Embajada italiana.

Todos los católicos de Colombia, encabezados por el Presidente de la República y por la Jerarquía, han presentado desagravios a Su Excelencia por el sacrilego atentado que llena de vergüenza al país.

En el palacio del Arzobispo

A eso de las cuatro de la tarde tres hombres, armados se presentaron a la portería: "Aquí tienen armas", gritaban.

"Vamós a acabar con todos los curás y todos los conservadores". Encontrábanse en palacio, los señores obispos auxiliares Emilio de Brigard y Luis Pérez Hernández. El Capellán del Arzobispo se dirigió a la capilla para salvar el Santísimo y todos huyeron por la puerta trasera del edificio, la cual comunica con otra calle. Un confuso montón de hombres, mujeres y delincuentes del juzgado de menores vecino al palacio, armados de hachas, machetes, cuchillos y palos irrumpieron en la vieja casa de los arzobispos de Bogotá. La consigna era incendiar el palacio. Traían tarros de gasolina y bombas de alto poder explosivo. Lo primero, el saqueo: muebles, cuadros, toda clase de objetos en interminable fila. Destruían lo que no podían llevarse. A favor de la confusión uno de los empleados penetró hasta la capilla y en un saco logro salvar rápidamente los vasos sagrados que halló a mano.

Por de fuera, un policial traidor agitaba sus armas gritando: "Abajo el arzobispo, mueran los curas". El anciano arzobispo a esa hora, yacía en el Seminario, situado en las afueras de Bogotá, con una grave enfermedad. Pronto el viejo edificio fue una inmensa llamarada. Quedaron convertidos en ceniza cuadros de valor, entre otros un San José, de Bartolomé Estéban Murillo, avaluado en doscientos mil dólares, los trescientos volúmenes del archivo que contenían toda la historia eclesiástica de Colombia, y que aún no estaban explotados, la rica biblioteca arzobispal con libros de mérito inapreciable, entre otros, tres valiosos incunables y los manuscritos de las Noticias Históricas de Fray Pedro Simón, fuente de primer orden en la historia de la Colonia.

En medio de las ruínas, el busto en bronce del arzobispo mártir, Manuel José Mosquera, avizora el porvenir.

El peligro de la catedral

A pocas manzanas de distancia y sobre la plaza de Bolívar donde está el Capitolio nacional, alza sus torres románicas la Basílica primada, lugar sacratísimo por estar consagrado al culto divino y por contener los sepulcros de próceres y recuerdos históricos de primer orden para la nacionalidad colombiana.

Al lado de la catedral un colegio de niños destinados al canto litúrgico fue víctima inmediata de la revolución, y ardió rápidamente aunque todos los alum-

nos y profesores pudieron salvarse. Oígamos al Padre Félix Miranda, protagonista del drama:

"No había tiempo que perder. Llamé a uno de los padres, le pedí la absolución y me dirigí a la catedral. Sobre la puerta pequeña habían aplicado el fuego y descargaban tremendos golpes. Tomé la llave del sagrario, lo abrí, saqué la hostia de la custodia y la consumí, y sacando el sagrado copón, en la capilla del colegio distribuí las formas entre todos los presentes, previo el acto de contrición y la absolución general. Por de fuera se oían estos gritos: "Esta casa es de los curas, abajo los curas. Mueran. Cuélguenlos. Mátenlos".

Un grupo entró en la sacristía destruyendo a su paso el cuarto del segundo sacristán y las intalaciones de los baños; otros hicieron destrozos en el comedor de los canónigos. Sobre el piso se encontró sangre. El fuego acosaba la casa del sacristán, en la calle silbaban las balas y para salvarse hubo de salir con su familia por medio de las turbas enloquecidas. El Padre Miranda fue maltratado, amenazado de muerte y presencié horribles profanaciones de imágenes sagradas. Con ayuda de gentes menos criminales, logró apagar los varios focos de incendio que de haber seguido habrían acabado con el templo más digno de veneración de la arquidiócesis.

La Javeriana Femenina

Situada junto al palacio arzobispal y a la nunciatura apostólica, en frente de una cárcel de menores, la Javeriana estaba muy expuesta. Gracias a Dios las niñas no se encontraban allí por no ser hora de clase. Era una bella residencia para la cultura universitaria de la mujer colombiana.

Los laboratorios de bacteriología con muchos microscopios valiosísimos, las máquinas de escribir para el curso de comercio superior, la biblioteca selecta, y rica, las instalaciones artísticas, la linda capillita, todo pereció ante el empuje incendiario de los criminales, quienes amontonaron los muebles del palacio arzobispal en una droguería situada en los bajos del edificio y con gasolina prendieron fuego, no sin antes proceder al saqueo. Afortunadamente pudieron salvarse tres sirvientas y un niño de corta edad que estaban allí. El atentado contra las Facultades civiles de la Javeriana en la plaza de Bolívar, fracasó milagrosamente.

El colegio de La Salle, una inmensa antorcha que iluminó la sabana

Desde las radiodifusoras revolucionarias se incitaba a la muchedumbre a incendiar los edificios de los religiosos y las iglesias, con el pretexto que desde allí diseparaban sobre el pueblo. Repetidamente lo hicieron así con nombres propios de la Universidad Javeriana y del Colegio de La Salle.

Este antiguo e ilustre plantel con ochocientos niños, con museos de historia natural invaluable, donde había colecciones únicas en el mundo hechas en cincuenta años de esfuerzo, fue la víctima preferida.

Los alumnos externos de las clases superiores fueron despachados inmediatamente para sus casas, con la consigna de no atravesar los sectores más afectados por la trágedia. Los pequeños fueron retenidos en el plantel hasta que sus padres o acudientes vinieron a llevarlos personalmente. Así se pudieron evacuar en la tarde del viernes unos cuatrocientos y quedaron otros tantos que no pudieron integrarse a su hogares.

El sábado 10 de abril hacia las diez y media de la mañana, varias descargas de fusil y de revólver sobre los corredores y patios interiores del edificio donde se hallaban los alumnos, indicaron que se aproximaba la hora. Un niño de diez y siete años, Guillermo Grundmann Amaya, cayó herido de muerte en un corredor junto a la campana del colegio. El H. Director ordenó a todo el personal se reuniera en la capilla. Las horas pasaban y la lluvia de balas y de bombas seguía cayendo contra el edificio del colegio por los costados oriental, norte y sur, sin que llegara el más leve recurso. A la una de la tarde una bomba fue lanzada desde la esquina y cayó con la mecha encendida en uno de los patios interiores; momentos después estalló la dinamita con tal violencia que sacudió el edificio y los alumnos y profesores volvieron a encerrarse en las naves de la capilla y allí permanecieron bajo el fuego cada vez más nutrido.

A las tres de la tarde Monseñor Fidel León Triana impartió la bendición con el Santísimo a profesores y alumnos; en seguida, los tres capellanes confesaron durante una hora larga y luego en medio de la más viva emoción se hizo la comunión espiritual y la preparación para la muerte. Hacia las cinco y media los atacantes empezaron a romper violentamen-

te las puertas. Penetró el primer grupo de asaltantes, que iba formado por hombres armados de machetes y palos protegidos por un policía que llevaba en la viseta una cinta roja y portaba un fusil en la mano, tendido hacia las puertas de la capilla. Derramaron en los corredores de madera grandes cantidades de galsolina y empezó el incendio. Uno de los profesores fue detenido, maltratado y le robaron el dinero de la escuela de pobres de San Vicente. Con el incendio comenzó el saqueo del edificio. Hubo profanación de la capilla y se llevaron la puerta del sagrario aunque el H. Sacristán puso a salvo el Santísimo.

Alumnos, profesores y superiores, buscaron refugio en las casas vecinas mientras el inmenso edificio, situado en la parte alta de la ciudad, parecía una inmensa antorcha que duró ardiendo toda la noche.

Entre las pérdidas figuran: el museo científico, uno de los mejores de Suramérica; bibliotecas y archivos; obras inéditas de carácter científico; mobiliario escolar; librería del colegio; equipos y enseres de 870 alumnos; laboratorios y gabinetes de química, física, fisiología etc.; órgano de la capilla y silletería acabada de importar para el teatro del colegio.

El Hermano Apolinar, sabio de primer orden en historia natural, conocidísimo dentro y fuera del país por sus trabajos científicos, anciano ya de setenta y cinco años y enfermo, hubo de ser salvado en brazos de sus cohermanos y contempló con angustia la pérdida de sus queridas colecciones.

Dramática salvación de las monjas concepcionistas

Rodeado de llamas el convento de la Concepción porque los edificios vecinos, la Universidad Javeriana Femenina, el palacio de la Nunciatura y el Arzobispal ardían como inmensas antorchas, estas monjas de clausura entre las cuales muchas ancianas encerradas desde hacía treinta años, a las nueve de la noche se vieron a punto de perecer.

Oigamos a la superiora: "Reuni a la comunidad en la capilla y delante de ese altar que había presenciado nuestros votos solemnes repetimos en coro nuestra consagración a la pobreza, castidad y obediencia. Después, con mano temblorosa abrí el sagrario, tomé el copón y lo llevamos en solemne procesión a la Sala

de Comunidad. Los avisé de su próxima muerte porque ya crujían los tejados y todas nos preparamos para ella. Luego fué distribuyendo la sagrada comunión".

Hasta las dos de la mañana estuvieron en oración acetando el martirio y ofreciendo el ser quemadas vivas por las intenciones del Sumo Pontífice y de la patria colombiana, de los sacerdotes y por sus mismos enemigos.

Un extremo de pudor incomprendido por el vulgo, la imposibilidad de atravesar por entre las turbas enloquecidas de las cuales se podía temer cualquier desmán, las hizo permanecer recogidas en oración sin pensar siquiera en evadirse. A las dos de la mañana sintieron que alguien rompía la puertas. El Dr. Jorge Rodríguez, distinguido profesional bogotano quiso salvar a las monjas y penetró en la vetusta casa. La Superiora no quería salir pero al fin consiguió persuadirla. Por entre las turbas ebrias, imponiendo respeto con su valor y la firmeza de su voz y con su valor en la mano derecha, el doctor Rodríguez fue trasladando a su casa a todas las treinta religiosas. Con dos hermanas volvió diez y siete veces en la noche para rescatar cuadros, vasos sagrados y ornamentos. A las seis y media de la mañana su labor estaba terminada y del convento solo quedaban cenizas.

Conatos de incendio

Diversas iglesias sufrieron los conatos de incendio como La Capuchina, las Nieves, y Santa Bárbara, donde policías disfrazados de sacerdotes dispararon sus armas contra el ejército.

Prisión de los Padres Lazaristas de San Vicente de Paúl

El colegio de estudiantes de los Padres Lazaristas está situado en un barrio alejado del centro de Bogotá y con la cercanía de divisiones de policía rebelde.

Una lluvia de balas les dio la primera noticia del asalto. Incendio en la puerta, incendio del lado de la capilla, fueron las exclamaciones de todos. El Padre Superior corre a la capilla a salvar las sagradas especies. Fue emocionante la absolución y comunión de la comunidad, que terminó súbitamente por la entrada de policiales decididos a poner presos a los Padres y jóvenes. En las calles un populacho soez y amenazante puso mil veces en peligro la vida de los siervos de

Dios que iban alegres por padecer algo por el nombre de Jesús. Los policías sin embargo lograron evitar las muertes y encerraron como rehenes a todos los Padres y jóvenes hasta el martes 13 por la tarde. En la prisión siguió la vida de comunidad con su distribución regular de oraciones y plegarias. Fueron maltratados, insultados, sufrieron hambre y prisión, pero la Virgen Santísima salvó a sus siervos de la muerte.

También los capuchinos de San Antonio encargados de los niños abandonados y de las clases más populares sufrieron cárcel durante treinta horas, vejaciones sin cuento y su convento fue completamente saqueado.

Un párroco mártir

De Bogotá, trasladémonos a la población de Armero situada en el departamento del Tolima. El párroco, Padre Pedro María Ramírez, de cristianísima familia que cuenta entre sus hermanos un jesuita, estaba designado por la Providencia para dar su sangre en este terrible asalto comunista-liberal. Ordenado de sacerdote el 21 de junio de 1931, le fueron confiadas las más difíciles parroquias. Era hombre de gran espíritu de celo y de oración, tranquilo, afable, incapaz de ofender a nadie, compasivo con el pobre y totalmente entregado al ministerio apostólico.

El viernes 9 de abril, la casa cural fué atacada dos veces a piedra, bala y machete. El Padre se refugió en la capilla del convento vecino a donde la turba no pudo penetrar por impedírselo con un crucifijo la Madre Superiora. Fueron saqueados, destruidos y arrojados fuera todos los enseres, muebles libros y prendas de vestir de la casa cural.

Al día siguiente celebró el Padre la misa como de costumbre, dió la comunión a las monjitas y alumnas, salió al hospital a confesar a un enfermo y visitó en la cárcel a los conservadores detenidos. A las diez de la mañana, viendo que arreciaba la tempestad, consumió junto con las monjas las sagradas especies y reservó una para sí. A las doce del día, escribió su última voluntad y en sobre cerrado la dio a la Superiora con orden de entregarla al señor Obispo. Decía así:

"Por mi parte, deseo morir por Cristo y su fe. Al Excmo. Sr. Obispo mi inmensa gratitud, porque sin merecerlo me hizo Ministro del Altísimo, Sacerdote de Dios y Párroco hoy del pueblo de Armero, por quien quiero derramar mi sangre.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo".

Al instarle las Madres para que huiera, dijo: "no puedo porque al entrar en la capilla, el Señor me dice que permanezca en mi puesto". No temo la muerte; estoy preparado; hace dos días me confesé, todo lo tengo arreglado y qué mejor que morir por Cristo?".

A las cuatro de la tarde la chusma invadió de nuevo la casa cural, la iglesia y el convento; las bombas hacían explosión en todas partes. El Padre penetró rápidamente en la capilla y consumió la hostia que había dejado. Ordenó a las monjas huir a la casa vecina y para no atraer sobre ellas el peligro, salió al encuentro de los verdugos. El había pasado toda la noche en oración y estaba preparado.

Al llegar a la plaza llevado por hombres armados, la turba gritaba: "no le peguen de plano sino con el filo". Lo hirieron en la cara y en la nuca y cayó bendiciendo y perdonando a sus enemigos. Una vez muerto fue desnudado y sobre su cadáver hicieron la danza más horrible y desenfrenada.

Cerca de la puerta del cementerio lo dejaron desnudo bajo la lluvia pertinaz hasta que al otro día almas caritativas, le proporcionaron una tumba provisoria.

Cuando pasada la tormenta, a los ocho días llegaron los familiares del mártir, el cortejo formado por los pueblos, hasta la capital del departamento y luego hasta su pueblo natal, fué imponente. De todas partes salían innumerables gentes a encomendarse al mártir y la entrada de sus despojos en la Plata, pequeña población del Huila, fue una verdadera apo-teosis.

Día de barbarie comunista en Barranquilla

En este gran puerto de la costa, la barbarie roja se desató sin trabas, y hasta llegó a colocar fugazmente sobre los balcones del palacio de gobierno la bandera extranjera de la hoz y el martillo. En la casa comunista de Barranquilla se encontraron documentos e instrucciones precisas de los jefes comunistas para el golpe terrible que asombró a los pacíficos habitantes de Colombia.

En el Colegio de San Roque de los Padres Salesianos se educan seiscientos alumnos en su mayoría de la clase obrera. Ha habido una especial preferencia en el ataque de aquellas instituciones

dedicadas al bienestar del pueblo. Pocos momentos después de las dos de la tarde acudieron a él varios padres de familia en busca de sus hijos pues las turbas amotinadas empezaban ya el saqueo. En vista del peligro se determinó enviar a sus casas a los alumnos. No habían salido todos, cuando la turba se presentó amenazante ante el edificio. Al adelantarse el Padre Rector, un alud de insultos y amenazas lo recibieron. "Cumplan en mí las consignas que traen"; replicóles el Padre y ofreció a Dios el sacrificio de su vida. Se disponían a matarlo y lo habían bañado ya en gasolina para prenderle fuego, cuando una voz compasiva salida del fondo del tumulto impidió el asesinato.

En cada uno de los salones formaron una hoguera con las mesas, pupitres y cuadros. Al patio central iban arrojando toda la vajilla, colchones y camas y pronto una negra espiral de humo inmensa, se levantó del patio. Los religiosos pudieron huir del peligro, gracias al apoyo eficaz de varios de sus antiguos alumnos.

Frente al colegio se levanta la iglesia parroquial de San Roque. También quisieron derribar sus puertas pero el valor de una mujer del pueblo los detuvo.

Cuando destruían las oficinas del diario conservador La Prensa, echaron a rodar por la calle un cilindro de papel periódico, que se convirtió en una antorcha para la barbarie. La turba rodeó la iglesia y la residencia de los PP. Agustinos. Venían todos armados y preparados para el incendio y entre horribles blasfemias, empezaron a destrozarse las preciosas imágenes sagradas. Así mutiladas, las arrojaron a una inmensa hoguera que ardía en medio de la catedral; en ella se quemaban amontonados todos los escaños y confesonarios. Hasta los altares de mármol y las pilas de agua bendita fueron destrozados.

A martillazos rompieron la puerta del sagrario y una mano sacrílega se apoderó del copón. Un estudiante católico suplico al sacrílego, que en vez de profanar las sagradas formas, las arrojara al fuego. De allí las recogieron manos piadosas y envueltas en papel de periódico las llevaron a la iglesia de San José de los PP. Jesuitas. Un obrero guardó con todo respeto algunas de ellas en la mesita de su sala, bajo un cuadro del Sagrado Corazón y las entregó más tarde con toda fidelidad.

Hacia las diez de la noche, entre el resplandor fantástico del fuego, llegó al colegio de los Jesuitas un grupo de unos cincuenta hombres y muchachos, machete en mano y algunos de ellos pidiendo que se les abriese la iglesia. Fue reconocida la voz de un alumno del colegio que gritaba: ¡Viva Cristo Rey! Traía en sus manos el gran crucifijo de la catedral incendiada y al abrirse las puertas de la iglesia, entraron todos en solemne procesión con las imágenes mutiladas para colocarlas reverentemente en las naves del templo. La fe y el amor de aquel grupo de valientes muchachos se comunicó a todos los asistentes y uno de los Padres Jesuitas les dirigió la palabra y luego se arrodillaron todos en ferviente plegaria.

En resumen

No se puede narrar todo lo que aconteció en Colombia durante los días nefandos del nueve, diez y once de abril. En Barrancabermeja fueron ultrajados y heridos los misioneros y saqueada la casa de la misión. El mismo señor Prefecto Apostólico sufrió insultos y solo salvó la vida por milagro. El Padre Zorroza de nacionalidad española fue ultimado en Venadillo por los forajidos; en Rioviejo dos misioneros fueron heridos y ultrajados. En muchas parroquias de Cundinamarca, Tolima y Huila, fueron encarcelados los párrocos. Atacados muchos otros colegios de religiosos y religiosas, hasta el punto de que si el ejército no controla pronto la situación, se habrían presentado los mismos casos de España con el triunfo del comunismo.

Imposible enumerarlo todo. Aquí está lo principal. El sacratísimo Corazón de Jesús, a quien especial y oficialmente está consagrada la República de Colombia, la salvó de la completa ruina.

El día de San Pedro, como un desagravio a Su Santidad por los ultrajes inferidos a su Nuncio en Colombia, en la Catedral Primada, en presencia de toda la Jerarquía reunida para la Conferencia Episcopal, el excelentísimo señor Presidente de la República renovó la consagración del país al Sagrado Corazón de Jesús de acuerdo con la ley vigente de 1898, y siguiendo el ejemplo de varios otros presidentes católicos del país.